

Fe cristiana y origen del hombre

Un católico puede admitir tranquilamente, que el cuerpo humano tiene su origen en el reino animal. La doctrina revelada no exige necesariamente que Adán haya sido el antepasado físico de toda la humanidad. El Papa llama la atención. Pecado original y evolución.

El nacimiento de las teorías evolucionistas, como explicación científica del mundo, significó una tremenda conmoción para el pensamiento cristiano, acostumbrado, hasta entonces, a un esquema fixista del universo que se apoyaba en las palabras del Génesis 1,1: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Las nuevas hipótesis parecían oponerse al relato bíblico de la creación, sobre todo en lo que toca al origen del hombre: "Yahvéh Dios formó al hombre del polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente" (Gén. 2,7). Pero el descubrimiento de los géneros literarios de la Biblia y la interpretación del evolucionismo en un sentido teísta despejó los nubarrones del horizonte teológico, de manera que un católico puede hoy admitir tranquilamente, como compatible con su fe, que el cuerpo humano tiene su origen en el reino animal (cfr. Enc. Humani Generis). En este punto la fe católica se limita solamente a la afirmación de que el alma humana es espiritual e inmortal y que cada alma humana es creada directamente por Dios (cfr. Conc. de Letrán V, Enc. Humani Generis).

EL PROBLEMA DEL POLIGENISMO Y PECADO ORIGINAL

Con la aceptación del evolucionismo como hipótesis sobre el origen del hombre no se terminan, sin embargo, las dificultades porque el evolucionismo plantea a continuación el problema del poligenismo.

Conviene tener en cuenta, antes de seguir adelante, que cuando los teólogos usan la palabra **monogenismo**, no le dan el mismo sentido que los biólogos. Para el teólogo, monogenismo significa el origen de toda la actual especie humana de una única pareja. Para el biólogo, en cambio, significa el origen de la especie humana de una sola población de prehomínidos, y poligenismo el origen de más poblaciones separadas.

Es obvio que el monogenismo, en su sentido teológico, presenta una seria dificultad desde el punto de vista genético porque supondría admitir el comienzo de una nueva especie con sólo dos individuos, siendo así que para la biología general, la verdadera unidad genética concreta no es el individuo, sino la población. Esta hace posible la existencia de muchos individuos en el mismo biotopo con el mismo idiotipo. Por eso, es la población donde puede realizarse la evolución, pues ésta exige el impulso de una selección que resultaría imposible en individuos aislados. A su vez, el monogenismo, en su sentido biológico (y a fortiori el poligenismo), presenta su dificultad a los teólogos debido al dogma del pecado original que parece suponer la descendencia de toda la humanidad de una sola pareja humana. De aquí la advertencia de Pio XII en la Encíclica "Humani Generis" (D-S, 3897) de que los católicos no son libres para aceptar el poli-

genismo. Es de suma importancia advertir que el Papa no da como argumento una revelación directa del origen monogenista del género humano sino el hecho de que no se ve cómo el poligenismo puede armonizarse con el dogma del pecado original.

Este **no se ve cómo** es de suma importancia porque indica que no se trata de una declaración sobre la verdad o falsedad del poligenismo sino de la dificultad de admitirlo, dentro de un determinado contexto cultural, sin poner en peligro una verdad de fe. No se excluye, por tanto, la posibilidad de que en otro contexto cultural sea posible armonizar poligenismo y pecado original.

Esta puerta abierta que deja la Encíclica *Humani Generis*, que por otra parte no es un documento del Magisterio infalible del Sumo Pontífice, sino sólo del Magisterio ordinario, dio lugar a numerosos estudios que buscan una interpretación del pecado original conciliable con el poligenismo.

Así Z. Alszeghy y M. Flick, profesores de la Universidad Gregoriana de Roma, basándose en parte en estudios anteriores de otros autores, llegan a la conclusión de que la doctrina revelada no exige necesariamente que Adán haya sido el antepasado físico de toda la humanidad (cfr. **Il peccato originale in prospettiva evoluzionistica**, en *Gregorianum*, 47 (1966, pp. 201-225).

Y A. Vanneste, decano de la facultad teológica de la Universidad Lovanium el Léopoldville, duda, junto con otros autores, de que los Padres del Concilio de Trento hayan querido definir la unicidad del pecado original originante (así se llama al pecado de Adán y Eva), dado que el Concilio sólo se proponía defender la verdad revelada contra los errores de los protestantes, los cuales no negaban la unicidad del pecado de Adán (cfr. **Le décret du Concil de Trente sur le péché originel**, en *Nouvelle Revue Théologique*, 87 (1965) pp. 688-726).

LA INTERVENCION DE PABLO VI

El Papa Pablo VI, sin embargo, en su discurso del 11 de julio de 1966, a los teólogos reunidos en Roma para un Simposio sobre el dogma del pecado original, después de reafirmar la doctrina tradicional, añade: "Es evidente, por tanto, que os parecerán inconciliables con la genuina doctrina las explicaciones que del pecado original dan algunos autores modernos, quienes partiendo del presupuesto, que no ha sido demostrado, del poligenismo, niegan, más o menos claramente, que el pecado de donde proceden tantos males para la humanidad, haya sido ante todo la desobediencia de Adán 'primer hombre', figura del hombre futuro (Conc. Vat. II, Const. *Gaudium et Spes*, N° 13), cometida al principio de la historia. Por consiguiente, tales explicaciones ni siquiera concuerdan con la enseñanza de

la Sda. Escritura, de la Sda. Tradición y del Magisterio de la Iglesia, según la cual el pecado del primer hombre es transmitido a todos sus descendientes no por vía de imitación, sino de propagación 'y es propio de cada uno' y 'es muerte del alma', es decir, privación y no simplemente carencia de santidad y de justicia aun en los niños recién nacidos (cfr. Conc. Trid., Ses. V, can. 2 y 3)" (*L'Osservatore Romano*, Bs As., 2 de agosto de 1966, p. 2).

Con todo, el contexto del discurso y otros hechos posteriores parecerían indicar que la intención del Sumo Pontífice no ha sido la de condenar en bloque todo ensayo teológico de profundizar el contenido del dogma del pecado original y su posible conciliación con el poligenismo, sino más bien la de llamar la atención sobre la necesidad de la obediencia al magisterio de la Iglesia que asistido por el Espíritu Santo tiene la misión de juzgar en materia de fe.

Y en lo que toca a la unicidad del pecado original originante y a la descendencia física de todo el género humano de Adán, la preocupación de Pablo VI habría sido señalar su importancia solamente tanto cuanto estos puntos fueren necesarios para la afirmación integral del dogma del pecado original (cfr. G. BLANDINO, **Peccato originale e Poligenismo**, Edizioni di Ethica, Forlì, 1967, pp. 14-15).

De hecho, después del Simposio de julio de 1966, los teólogos han proseguido con toda libertad la discusión del tema formulando diversas hipótesis que muestran la compatibilidad del Poligenismo con el dogma del pecado original.

K. Rahner, en un artículo reciente (**Pecado original y evolución**, en *Concilium*, N° 26, junio 1967, pp. 400-414), llega a la siguiente conclusión: "No parece que sea indubitable y necesariamente obligatorio admitir que sólo una **humanitas originans** monogenista (es decir, un individuo o una pareja) pueda ser el sujeto de aquel primer pecado en los comienzos de la humanidad que es la fuente de lo que llamamos pecado original en el sentido ortodoxo y tradicional de la palabra. También en una **humanitas originans** de origen poligenista es posible concebir a uno de sus individuos o a todos globalmente como el sujeto que cometió la primera culpa creando aquella situación de desgracia para toda la **humanitas originata** que conocemos con el nombre de pecado original. Sin embargo, esta hipótesis presupone el hecho de que esta **humanitas originans** constituye una unidad corporal e histórica que es también importante en el plano de la historia de la salvación. Esta hipótesis parece ser posible bajo los presupuestos poligenistas. Por ello creemos que no existe motivo para que el magisterio eclesiástico intervenga en el debate en torno al poligenismo en defensa de la doctrina dogmática acerca del pecado original" (ibid., pp. 413-414).

Enrique J. Laje, S. J.